

Púsose Lafayette con varios oficiales amigos suyos sobre Belfort para acaudillar el movimiento que una casualidad descubrió á tiempo á los oficiales del regimiento, que lograron mantener la disciplina en su cuerpo, poniendo arrestados á los jefes de la conspiración. Lafayette y sus amigos, por fortuna, recibieron en el camino noticia de lo ocurrido y pudieron regresar á escape á París, logrando que no se notase su ausencia. El movimiento de Saumur fué también descubierto de una manera trágica y teatral. Un incendio destruyó una parte de la escuela de Saumur y al caer un muro aplastó á varios de los conjurados que llevaban encima papeles de la conspiración. Retirados los cadáveres y registrados los bolsillos, encontraron las autoridades dichos papeles y evitaron que estallara el pronunciamiento. Otra imprudencia del capitán Vallee, fué causa de que el movimiento no estallara y con mala fortuna para él, pues fué preso en Tolón, mientras los emisarios parisienses conseguían escapar y regresar á París sin ser descubiertos,—9 de Enero.

Todos esos contratiempos no descorazonaron á la gran Venta, que mandó al general Bertón á Nantes para levantar la guarnición, pero aquí no fueron las imprudencias las que hicieron fracasar el movimiento de 9 de Febrero, sino la traición de dos sargentos. Iba Bertón á regresar á París, cuando se le presentó Grandmenil asegurándole que en Saumur todo estaba dispuesto para la insurrección, y Bertón se decidió á capitanearlo, pero llegado el día, el comité de Saumur resolvió que el movimiento se iniciase en el campo y Bertón consintió en ponerse al frente de los paisanos del pueblo de Thouars, presentándose al caer la tarde del 24 de Febrero delante de Saumur, pero los de Saumur estaban poco dispuestos á responder al llamamiento del general, y éste no se sentía mejor dispuesto á penetrar en la ciudad con sus cien soldados improvisados que acabaron por abandonarle, regresando como pudieron á sus hogares. Menos mal si esto hubiese acabado así, pero acusado el general Bertón de débil y de hombre de poca iniciativa, con lo que se quería cubrir acusaciones más graves, para vindicar su honor fué á encerrarse en la Rochelle en donde había una Venta civil y otra militar formada por soldados y sargentos del 45 de línea, además dos batallones de infantería de las Colonias estaban iniciados. Pero el gobierno tenía conocimiento de lo que se tramaba y envió á la Rochelle al general conde Despinos, que representó el papel de conspirador reservado, logrando arrancar el secreto del movimiento,—13 de Marzo,—á dos sargentos. Di-

cho se está que una vez conocidos los jefes de los carbonarios del 45, fueron todos arrestados. Todos estos fracasos hubieran debido convencer á los conspiradores de la necesidad de romper todos los hilos de la conspiración, de la necesidad de aislarse para que el gobierno no fuera siguiéndoles á todas partes, pero lejos de ésto, se intentó de nuevo el movimiento en Saumur, y Bertón que tan comprometido había quedado en Saumur y la Rochelle, tuvo el arrojo de volver á aquella ciudad en donde fué preso,—14 de Junio,—pero esta vez, gracias á la infame traición de un hombre enviado allí por el mismo Lafayette como agente de su confianza, y que allí se convirtió en agente provocador. Grandmenil tuvo mejor suerte y consiguió escapar á París.

La policía que tan bien había maniobrado en la Rochelle y Saumur, urdió una trama terrible para perder al teniente coronel Caron, que mandaba en Colmar, á quien se le convenció de la necesidad de dar un golpe de mano para libertar á los compañeros presos en Belfort,—2 Julio,—Caron cayó preso en las redes que le tendieron y la policía pudo hacerse pagar sus servicios.

Procedieron los tribunales en todas partes con gran energía y en la Rochelle, en donde se habían encontrado las huellas de la participación de Lafayette, se hicieron grandes esfuerzos para que los sargentos Bories, Goubin, Pommier y Raoulx, quienes, en efecto, habían estado en relaciones con el general, lo denunciaran. Quien lo denunció fué un tabernero llamado Baudriellart, pero un notario preso con él le convenció de que al ser interrogado diera del general unas señas que no correspondían con su persona, para acreditar la especie de que había conocido un falso general Lafayette.

Llegado el día de dar conocimiento á las Cámaras de la acta de acusación formulada por el procurador general de Poitiers, no solo Lafayette se presentó sereno y resuelto en su banco, sino que en las tribunas compareció Grandmenil, cuando sobre éste caían las más grandes responsabilidades. El valor francés no se puso jamás de tanto relieve como en estas circunstancias.

Sirvió á Lafayette el exceso de celo de la policía ó del procurador, pues deseando involucrar con el general á otros diputados, entre ellos al general Foy, éste y cuantos se vieron injustamente incriminados pudieron despacharse á su gusto, presentando la obra del procurador general de Poitiers como una obra infame de la policía. Entonces el temerario Lafayette se levantó y pidió que se hablara claro á la Cámara acerca de las acusaciones de que se le hacía

víctima «á fin de que los que acusan á sus adversarios, puedan decirse con entera franqueza lo que tienen que reprocharse mutuamente desde hace treinta años.» De modo que Lafayette paraba los golpes devolviéndolos al rey, á quien presentaba como su acusador oculto, hábil manobra destinada á dar á su proceso una resonancia universal.

Vilelle recogió el guante y le dijo al general que si de las declaraciones de los testigos resultaban pruebas contra las personas incriminadas, ya se vería si el gobierno tendría ó no ánimos para perseguir á los denunciados. Pero esto no era más que una bravata, pues el mismo procurador de Poitiers contó á Vaublanc que Vilelle le había ordenado que no se ocupara del general ni profundizara la conspiración. Así la justicia se hizo como tantas veces en los malos instrumentos, muriendo guillotinado los cuatro sargentos de la Rochelle, cuya memoria tan popular es aún hoy día en Francia,—21 de Setiembre,—el día 1.º de Octubre lo fué el infortunado y pobre coronel Caron y el caballeresco y bravo Berton lo fué en Poitiers el 5 de Octubre. En Saumur y Thouars hubo también ejecuciones.

Durante todos esos acontecimientos que en España se siguieron con el mayor interés, todo fué hablar en uno y otro lado de los Pirineos de lo que pasaba. En Francia se veía en todas partes la mano de las Cortes; en España se celebraba y rendía culto á los mártires de la libertad y se anunciaban venganzas, de modo que nada se acreditó tanto como la especie de existir entre los liberales de uno y otro lado de los Pirineos un concierto para encender de nuevo en Europa la antorcha de la revolución. Fué, pues, bajo la influencia de esta idea y de las declamaciones de Chateaubriand, quien decía que Fernando VII después del 7 de Julio estaba como Luís XVI después del 10 de Agosto, y de la victoria del gobierno francés contra la revolución, cuando se le acudió al emperador de Rusia la maquiavélica idea de destruir la revolución española sirviéndose de los franceses, á fin de desunir esos dos países á quienes tan estrechamente unidos se suponía, cuando nunca hubo la menor inteligencia, pues si bien es cierto que el general Vaudoncourt, uno de los más sabios generales de la República y del imperio vino á España después de haber desesperado de Nápoles y del Piamonte para favorecer la alianza de los dos países, aquí se le dijo claro que lo que él proponía era imposible, que las dos revoluciones á pesar de sus puntos de semejanza no eran ni siquiera paralelas, que sería necesaria otra revolución en España para poder adoptar

el temperamento que el general Vaudoncourt aconsejaba, y que lo que convenía á España era no dar motivo á la Santa Alianza para intervenir.

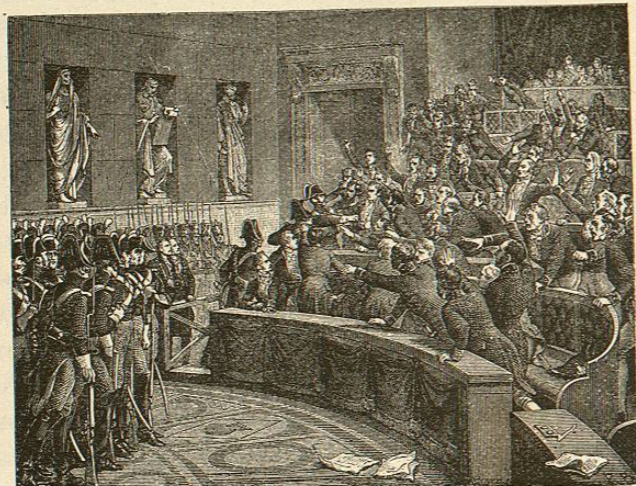
Mientras Vilelle pudiera imponerse á sus correligionarios, á los realistas, España podía estar tranquila; la intervención no era posible, pues Vilelle se declaró desde el primer momento favorable para todo lo que fuera alcanzar que se modificase la Constitución española de 1812, y enemigo de todo lo que fuera llevar de nuevo Francia á España, porque Vilelle no veía claro cuál sería la actitud del pueblo en la guerra, porque iba á hacer necesario comprometer de nuevo la hacienda francesa, que prosperaba tanto, que Vilelle estaba seguro de alcanzar á fin de año un *superavit* de veinticinco millones. Así ni siquiera quería que se le hablara de empresas militares destinadas á comprometer el gran desarrollo que iba tomando la industria y el comercio de Francia.

Luís XVIII era de la misma opinión que Vilelle, pero Vilelle no tenía en el ministerio más partidario de su política que Corbiere: así fueron éstos los únicos ministros que se declararon en contra de la regencia de Urgel cuando ésta pidió socorros, y de no declararse Luís XVIII por sus dos ministros, es seguro que éstos, mal de su grado, hubieran tenido que ceder á las rencorosas pasiones de su partido, que encontraba el medio de dar satisfacción á sus deseos cual era destruir violentamente la revolución española, y á los demás ministros que seguían una política del todo contraria á su jefe y á su rey, favoreciendo cuanto podían los esfuerzos de los conspiradores realistas, dándoles cuantos recursos podían reunir, convirtiendo el cordón militar sanitario, en ejército de observación, á pesar de las protestas sinceras de todo lo contrario hechas por Luís XVIII al gobierno español.

Vilelle, pues, no dominaba á su partido. Los realistas franceses, que tanto le apoyaron para alcanzar el poder, no creyeron jamás que Vilelle aspirara al primer puesto: así la ira de los Chateaubriand y de todos cuantos se vieron postergados por el activo y hábil Vilelle, no reconocía límites, y se desahogaban diciendo de él las mil picardías.

Dicho se está que las Cámaras francesas tuvieron que ocuparse á menudo de los asuntos de España, que los liberales acusaron más de una vez al gobierno de favorecer la contrarrevolución, lo que negaba el ministro Montmorency como podía; que calificaron de escandalosa y de criminal la protesta y la suscripción de la guardia real francesa en favor de los guardias de corps, pero con todo esto sólo se logra-

ba acreditar la idea del mutuo apoyo que se daban los liberales de uno y otro lado de los Pirineos, y por consiguiente la necesidad urgente de acabar con la revolución española que era un peligro inminente para la tranquilidad de la Francia; así Montmorency no ocultó la posibilidad de que Francia entrara en la Santa Alianza. Como esto era lo que deseaba el gobierno francés, excepción hecha de dos de sus miembros, el ministro, duque de Bellune, preparaba en la frontera la organización del cuerpo expedicionario á espaldas de Vilelle y del rey, á quienes estaban seguros de arrastrar en favor de la tendencia belicosa de su partido.



Manuel en la Cámara de diputados—26 de Febrero de 1823

á tratar en realidad en el futuro Congreso hasta soltar contra la atribulada España la demanda de cuarenta millones de reales como indemnización para los súbditos ingleses perjudicados en América por la guerra, y en verdad no es creíble tal ignorancia.

Castlereagh quiso despedirse de la política con ese golpe miserable que Inglaterra reprodujo en otra ocasión, como ya veremos, pues lord Londonderry se cortó la carótida al ir á salir para la reunión del nuevo Congreso que se había fijado en Verona á instancias del emperador de Rusia, y es evidente que lo que se propuso Inglaterra al ver que Europa se disponía á caer sobre España, sacar de su aliada antigua una raja más, como lo prueba el haber desoído los consejos de los grandes gabinetes que le rogaban no insistiera por de pronto en sus reclamaciones, reclamaciones que apoyaban una escuadra.

Vilelle, que sabía bien lo que iba á tratarse en Verona, dió por instrucciones á Montmorency el que no comprometiera á Francia y que diera á entender á los plenipotenciarios de Verona que «Francia no es-

Vilelle iba á tocar el momento supremo para él. Sin el levantamiento de Grecia contra los turcos que distrajo á Rusia y á Austria de las cosas de España para ocuparse de las de Oriente, la revolución española hubiera sobrevivido de pocos días á la de Nápoles y del Piamonte, así tan pronto Austria se tranquilizó sobre la actitud de Rusia, en Oriente, Metternich maniobró para la reunión de un nuevo Congreso de Laybach, encubriendo sus primeras negociaciones con el pretexto de los asuntos de Oriente.

Gervinius no cree lo que aseguraron Castlereagh y Wellington de que no se enteraron de lo que se iba

taba resuelta á declarar la guerra á España, ni sentía necesidad de hacerla,» y es evidente que por liviana que hubiese sido la oposición de Inglaterra á la intervención extranjera, ésta no se hubiera realizado, pero el reaccionario duque de Wellington siempre nos pagó lo que nos debía con la mayor ingratitud y con las mayores ganas de hacernos daño. Difícilmente se puede encontrar en la historia de España figura más repugnante. Todo lo que la liberal y constitucional Inglaterra hizo para España, fué encargar á sus representantes que hicieran entender á los reunidos en Verona, que Inglaterra sucediera lo que sucediera no intervendría en los asuntos de España. Inglaterra, como ya hemos visto, prefería trabajar por cuenta propia.

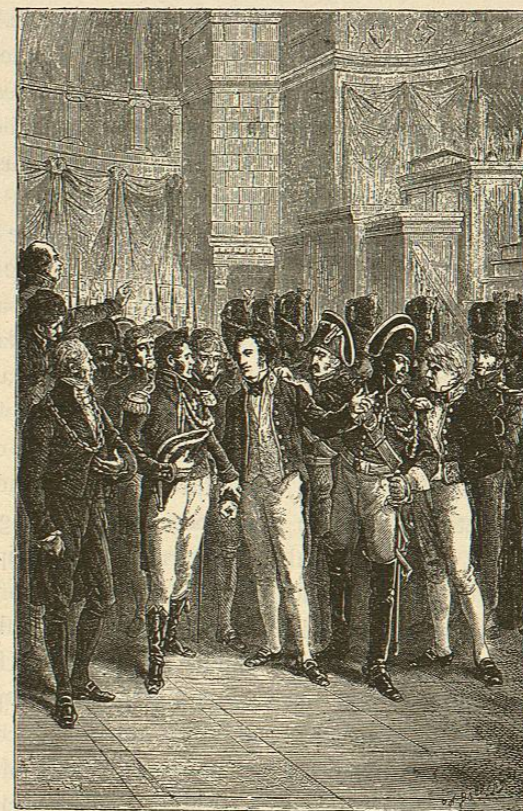
En fin, llegó la hora de partir para Verona,—30 de Setiembre,—y de Bonald no tardó en escandalizarse al ver la vida que se daban en la ciudad veneta los representantes de la Santa Alianza: «sus fiestas babilónicas» contrastaban con la conducta seria, reservada, prudente y moral de las que se da-

ban en Europa por guardadores del orden social y de la paz de los pueblos.

Tratáronse en Verona primero los asuntos de Oriente porque esta manzana de la discordia podía dar al traste con el Congreso veronés y encender la guerra europea. Austria é Inglaterra se entendieron desde luego para oponerse á Rusia que se presentó unida á Francia, pues para Montmorency como para Chateaubriand la alianza de Rusia y Francia había

de dar por resultado el gobierno de Europa por estas dos potencias.

Austria para vengarse de esta unión estudió el medio para dar á comprender á Francia que si quería podía ser un miembro de la Santa Alianza, pero no más, y que era la Santa Alianza la que iba á entrar en España y no Francia, puesto que si esta potencia no quería obrar por cuenta de Europa, sería Europa la que se pasaría sin el apoyo de Francia, á



Manuel es expulsado de la Cámara

cuyo fin Metternich de acuerdo con el duque de Módena, hizo que éste pidiera, en nombre del rey de Nápoles que tantos derechos tenía á la sucesión del trono español, que se acudiera á libertar á su augusto pariente del cautiverio en que estaba y que se abrogara de una vez la Constitución española,—12 de Octubre.

Montmorency que al salir de París había dicho á los contertulios suyos de casa la Recamier que no regresaría de Verona sin la guerra, quedó desconcertado ante la salida del duque de Módena, y á pesar de que Vilelle le había ordenado que en modo alguno tomara sobre ese asunto la iniciativa ni hiciera proposición alguna, Montmorency se dejó coger en el lazo que Metternich le había tendido y salió de su reserva. Posible es que le llevara á ello también su

despecho al ver que el rey tan pronto había él salido, se apresuró á confiar la presidencia del Consejo á Vilelle para que pudiera mejor retener los impulsos belicosos del ministro de Estado, pero en fin, y sea de ello lo que quiera, Montmorency formuló la cuestión en estos términos: ¿Caso que Francia se viera obligada á romper sus relaciones políticas con España, harían las demás potencias lo mismo? ¿En caso de guerra, le prestarían las demás potencias el apoyo moral necesario «qué daría á todas las medidas que tomara la fuerza de la Santa Alianza, lo que inspiraría un terror saludable á los revolucionarios de todos los países?» En fin, «en caso de necesidad, ¿le auxiliarían materialmente? ¿en qué forma? ¿de qué modo?

Las respuestas no tardaron en llegar; Rusia lo